

### 1.-Las áreas culturales. Usos y críticas según Herskovits

Melville Herskovits es considerado un seguidor de la línea que Franz Boas desarrolló en la antropología de Estados Unidos, lo cual no es extraño en los años 50 en que se discernía entre los antropólogos de ese país cual era la forma de desarrollar su legado. Bien de manera "humanista" y crítica como Paul Radin que consideraba a su maestro demasiado positivista y difusionista, bien en la forma "configuracionista" de Kluckhohn entendiendo la cultura como un conjunto de pautas para una conducta aceptable socialmente, o, finalmente, en la de Ruth Benedict de "cultura y personalidad" más psicologicista y asignando "temperamentos" a los distintos pueblos. Herskovits fue a su vez conocido internacionalmente cuando, basándose en el relativismo cultural, heredero de Boas, criticó, a nombre de la Asociación Antropológica Americana, la "Declaración universal de los derechos Humanos" de 1948 acusándola de etnocentrismo occidental. En 1952 Herskovits aborda el tema de las áreas culturales en las que, siguiendo las investigaciones de Boas a principios del siglo XX con los pueblos nativos de Norteamérica, habían trabajado Wissler y Kroeber. Es interesante recordar, a este respecto que Boas, discípulo de Ratzel y conocedor de los enfoques de Virchow y Bastian caerá en la cuenta, con el estudio de los inuit, que las respuestas culturales no dependían exclusivamente del medio ambiente con lo que matizaría el enfoque geográfico de los difusionistas alemanes y le incorporaría su particularismo histórico. Herskovits, por su parte, nos señala que, Wissler, en línea con los planteamientos de Boas de que todas las manifestaciones culturales deben ser repetidas por igual, considera que la difusión circula en todas direcciones y no sólo del centro a la periferia, como planteaban los difusionistas alemanes, Herskovits lo expresa indicando que no puede decirse que la vida en los centros culturales sea más plena sólo porque allí se dé una densificación de los rasgos atribuidos a su cultura. Señala, también, que esas áreas, que sirvieron para una transformación de los museos etnológicos, constituyen un recurso "etic" del investigador que no está para nada en las consideraciones "emic" de los habitantes de las áreas, más atentos a diferenciarse de sus vecinos. Advierte, a su vez, de la falta de la dimensión temporal en el estudio de las áreas culturales, aunque, en este sentido, indica que Kroeber con sus conceptos de "intensidad" y "culminación" intenta paliar esa carencia. No deja por ello de hacerse eco de las críticas que se le hacen a éste en el sentido de que con su propuesta sólo disimula una componente excesivamente estática de su modelo de análisis y que el número de áreas del continente o subcontinente o bien es excesivamente reducido y en perpetua revisión ( 5, después 4, después 7...), así como el de las subáreas (84) resulta, por el contrario, demasiado grande para ser útil comparativamente. Finalmente y en el catálogo de prevenciones Herskovits nos da cuenta de que los trabajos que en este sentido se han desarrollado fuera del continente americano y en particular en África, donde ya previamente el antropólogo de la escuela alemana Fröbenius había realizado trabajos en este sentido la metodología de las áreas tropezaba con serios inconvenientes, básicamente por centrarse excesivamente en la cultura material y , en definitiva, por no tener en cuenta el "ethos" de cada cultura como señalaría Hambly en 1937.

## Pregunta 2

¿Qué reflexión hace Menéndez a propósito de la "diferenciación", "estigmatización" y "pensamiento científico"?

El antropólogo argentino Eduardo Menéndez señaló en el 2002 los peligros de una concepción unitaria de la biología y la cultura tal como la planteó Clifford Geertz en 1987. Aunque las recientes investigaciones en evolución humana parecen dar la razón al planteamiento de Geertz en relación a que el desarrollo biológico del hombre fue en paralelo con su desarrollo cultural, Menéndez alerta de que imbricarlos tan estrechamente puede dar pie a enfoques como el de los nazis al atribuir las características culturales a una diferenciación biológica concomitante. Los nazis alemanes, de hecho, se hicieron herederos de una tradición alemana holista anterior y la consideraron "aria" frente al "mecanicismo" que atribuían a los judíos. Aunque resulta evidente que esa estrecha interrelación entre biología y cultura no puede negarse, también lo es que ambas tienen ritmos de cambio muy diferentes, cuestión que debe tenerse muy en cuenta a la hora de analizar su proceso conjunto. Debe, asimismo, considerarse que aunque Geertz privilegie lo "cultural" pueden producirse "deslizamientos ideológicos" tal como señala Menéndez hacia lo biológico. Este autor nos alerta de una cierta "biologización" de las culturas occidentales junto a la consideración de la ciencia como neutra, olvidando los condicionantes sociales y políticos subyacentes, palpables ya desde la misma elección de las categorías de análisis. Indica que la consideración de lo "normal" desde parámetros supuestamente amparados en la biomedicina puede llevar a la estigmatización a través de una esencialización de las diferencias utilizando la coartada "biológica" que ya emplearon los nazis.

Podemos considerar que, en línea con lo que señala Menéndez, dar pie a esa esencialización conduce a que las diferencias tengan un efecto subalternante, un aspecto que los antropólogos deben tener en cuenta al enunciar sus teorías si quieren, como él propone, tener una responsabilidad social por aquello que formulan. Como señala, por su parte, la antropología feminista, no puede hablarse de "complementariedad" haciendo caso omiso del proceso de transformación de las diferencias en desigualdades que se camufla bajo esa división de roles supuestamente "complementarios". Tal vez una clave para explicar ese proceso tan general que ha llevado desde la división del trabajo hasta la estratificación en clases asimétricas en sociedades complejas estaría en la observación de Hegel de que la conciencia de una diferencia lleva a la hostilidad hacia el otro. ¿O, será que, como señalan Barth (1976) y Bloom (1975) la necesidad de diacríticos está fundamentada en la desigual distribución de bienes y el deseo de asegurarse los "correspondientes" al grupo? . En todo caso aunque el interpretativismo de Geertz y sus seguidores posmodernos haya puesto de relieve las excesivas ambiciones de un comparativismo sin las debidas precauciones y muy acertadamente, en mi opinión, Kaplan y Manners (1979) se hayan incorporado a la propuesta de evidenciar los sesgos en que puede incurrir el investigador, la advertencia de Menéndez no debe menospreciarse. Su aviso de que enfatizar las diferencias por la vía de explicar, como hace Geertz, que la unidad psíquica de la especie humana viene, precisamente, de la capacidad de construir esas distinciones encierra una serie de peligros, como los señalados, que no deben obviarse.